en nuestro bien: y si esto no bastaba, encarnasteis por el hombre, haciendo por él la mayor obra que podéis hacer, y un tal extremo que no cayera en el pensamiento a vuestros querubines, por sabios que son; bastaba esto para quedar satisfecha vuestra caridad infinita, pues lo quedó vuestra omnipotencia, y con todo eso decís que tenéis sed.

Acordaos de los treinta y tres años que vivisteis por el hombre, pasando por él pobreza, hambre, frío y malas noches. Acordaos, Señor, que después de todo lo dicho, dijisteis que *con deseo deseasteis*, y vuestro discípulo dijo que *amasteis hasta el fin*. Por cierto que se pudiera hartar vuestra sed y hambre, e infinitas hambres, con el pan del cielo que nos disteis, y con el cáliz de vuestra sangre con que nos recreasteis. ¿Es posible, Señor, que después de tal extremo de amor tengáis más hambre? ¿Es posible que os quede más sed?

¡Oh qué infinita sed, que después de tales finezas se entre en un mar de tribulaciones y no quede harta! Por mil partes disteis por los vuestros la sangre. En el huerto no quedó poro de vuestro cuerpo que no destilase aquellas gotas, que cada una valía millones de mundos, porque eran de infinito precio. Después, ¿qué no padecisteis? Azotes, espinas, cruz, un extremo tras otro. Ea, Señor, éste es el baño que antes teníades tan deseado, que dijisteis os afligíades hasta que llegase. ¿Quédaos más que desear? Aún decís, después de todo, que tenéis sed. Mirad, Señor, que os habéis sorbido un océano de tribulaciones y todas las aguas de dolores; no hay más agua. Aún quedáis con sed.

¿De qué os quejáis, Señor mío, cuando decís que tenéis sed? ¿Es la queja de vuestra sed, o que no hay agua que la apague? Sed, Señor, tenéis y tendréis, que es vuestra caridad *insaciable*. No os hartáis ni hartaréis de hacerme bien y enriquecerme con vuestros dones.

Ea, Señor, Padre de misericordias, ¿hay más que dar? Ya tienen vuestros amigos a vuestro Hijo, ya tienen a vuestro Espíritu, ya tienen a vuestra misma Persona, ya tienen toda la Santísima Trinidad. No hay más que desear; pero aún no se satisface el deseo divino, que, aunque no tiene más que dar, quiere esto mismo darlo muchas veces, saboreándose sin término ni fin en nuestro amor y bien. ¡Oh amor de Dios *insaciable,* que aún no le baste dar de una vez al mismo Dios!

§ 3

¡Oh inmensa felicidad del alma que está en gracia, verse querida de un Señor omnipotente con tales extremos y finezas! Verse amada de Dios, tan abrasado de amores, pues con tal afecto la quiere, con amor insuperable, inseparable, insociable, y lo que es sobre todo, insaciable. Demos que la gracia no tuviera otro bien ni provecho sino éste, ¿sería cosa para perder? Pues ¿qué monstruo de ingratitud es la pérdida de la gracia, por la cual se desprecia este inmenso amor de Dios?

El amor de Dios para quien está en gracia es *invencible* en todas las cosas, por ser fiel y tierno a su criatura; el hombre, por no vencerse en un gusto, es desleal y fementido a su Criador.

El amor de Dios es *inseparable,* que de puro afecto no se puede olvidar ni apartar del alma santa; el hombre huye, y no quiere acordarse de quien tan extremadamente le ama.

El amor de Dios es *singularísimo* con el justo; no ama otra cosa con verdadera amistad; el hombre, por amar a cualquiera otra cosa, no quiere amar a su Dios, y a toda criatura ama antes que al Criador.

El amor de Dios es *insaciable,* que no se harta de hacernos bien; el hombre, a un paso que dé por su bien y la honra de su Señor, queda cansado

¡Venid, amigos de Dios, venid y lloremos esto, rómpasenos el corazón de oír tan infame ingratitud que se usa con nuestro amador!

¡Venid, fieles a Jesús; venid, amigos de Dios, y llo-

remos esto! ¡Venid, amigos de Dios, y miremos por la honra de nuestro amigo fiel! Tengámosle la fe que merece su fineza. Imitemos con nuestro amor el suyo. No haya cosa que no venza el amor que a Dios debemos. No haya cosa que no venzamos con Él y por Él. El contento, la comodidad, la honra y el alma pongamos a sus pies. Atropellemos con la vida, porque viva y venza el amor de Dios. En Dios tengamos clavado eternamente el entendimiento, la memoria, el alma y corazón. No suframos en nuestro pecho amor de otra cosa. Unicamente, singularmente, insociablemente, insaciablemente, amemos a nuestro amor. A sólo Dios y por Dios amemos. No haya lugar aun para amarnos a nosotros. No nos cansemos de servir a quien no se cansó de amar desde una eternidad. Amemos a Dios; amemos a Jesús insuperablemente; amemos a nuestro Criador singularmente; amemos a nuestro Rey y Señor, y todo nuestro bien, insaciablemente.

Seamos amigos de tan buen amigo como Dios, y digamos con San Pablo (*Rom.*, 8): «*¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulación? ¿Por ventura alguna grave angustia, o hambre, o desnudez, o peligro? ¿Por ventura alguna fuerte persecución? ¿Por ventura el cuchillo a la garganta, según está escrito que por ti nos mortificamos todo el día y estamos reputados como ovejas que van al matadero?*» *De todas estas cosas hemos de salir vencedores, por Aquel que nos amó* con inseparable caridad e insuperable amor; y *ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados y virtudes celestiales, ni lo presente, ni lo futuro, ni violencia de fuerza, ni la alteza del cielo, ni lo profundo del infierno, ni criatura imaginable nos podrá apartar de la caridad de Dios.*

Hagamos por Él lo que podemos, y deseemos hacer más que podemos. *La caridad,* dice San Anselmo (7), «nunca deja de querer lo que puede, y siempre quiere más que puede».

---

(7) Lib. 1, cap. 64.

CAPITULO 9

LA SUMA HERMOSURA QUE EN LAS ALMAS CAUSA LA GRACIA

§ 1

Tan grande amor de Dios para con los que están en gracia no es ocioso, sino muy activo y eficaz, obrando en ellos una hermosura admirable aun a los mismos ángeles. Porque como el amar a uno sea querer y desearle algún bien, y la voluntad de Dios es causa de las cosas, síguese necesariamente que en aquel a quien Dios ama, causa siempre algún bien; esto es, el mismo bien que se desea y ama, como enseña el mismo Angélico Doctor Santo Tomás (1), el cual advierte la diferencia que hay entre el amor creado y el increado, el de la criatura y el del Creador; que cuando una criatura ama a otra, presupone en ella alguna bondad, no la causa; pero cuando Dios ama, Él mismo la causa. Y así, al paso que el amor que tiene Dios a sus amigos es excesivo y tal como hemos dicho, es también grande el bien que en ellos causa. Los hombres aman la hermosura que ven; Dios ama la hermosura que hace; y así, pues ama tan tierna y finísimamente a los que están en gracia, será incomparable la hermosura de la misma gracia, que pone en el alma junto con su amor y corazón.

Y éste es un admirable milagro de la gracia: volver al alma pecadora hermosísima. Y así dice San Agustín (2): «La naturaleza, cuando es justificada por la gracia de su Criador, de un rostro disforme pasa a tener una hermosura hermosísima.»

---

(1) 1, 2, q. 11, a. 1.
(2) Lib. 15, *De Trinit.*, cap. 6.

En nuestros anales se escribe que un hombre, después de haber cometido adulterio, se tornó a su casa, pero tan disforme y horrible, que su mujer huyó de él y no le quería admitir en su casa; lo mismo hicieron los criados. Conoció ser la causa de aquel espanto que causaba la fealdad de su pecado, con lo cual se fué a confesar; pero los religiosos que le veían huían de él de la misma manera, hasta que un siervo de Dios le conoció y se llegó a él oyéndole de penitencia, con la cual se transformó en otro, trocándose aquella monstruosa fealdad en un hermoso resplandor y decencia, que no menos admiró a su mujer, pidiéndole perdón de lo que antes había hecho.

En el libro de los *Cantares* de Salomón no hay cosa más celebrada que la hermosura del alma santa. Pero cuánta sea esta hermosura, no hay pensamiento que lo pueda alcanzar. Porque si mirada un alma sola según su naturaleza pura, es cosa más hermosa y preciosa que toda la hermosura natural de los cuerpos posible e imaginable, ¿qué será adornada con la hermosura de la gracia? Blosio dice (3): «Es tan grande la belleza y hermosura del alma racional, mientras no estuviere turbada con las manchas de pecados, que si la pudieras ver claramente, de pura admiración y gozo no supieras donde estabas.» Creo que no supiera uno si estaba en tierra o cielo; porque es tan grande el resplandor y hermosura de quien está en gracia, que le parecería a quien le viese estar en la gloria, y en él venerar a una expresa y viva imagen de Dios, hermosísima sobremanera.

A Santa Catalina de Sena hizo Dios favor de darla a entender algo de esto, y se quedaba suspensa y enajenada de los sentidos sólo de pensar cuán grande era esta hermosura que daba la gracia, y decía a su confesor: «¡Oh Padre, si vieras la belleza y hermosura de un alma en gra-

(3) *Spec.*, cap. 3.

cia, no dudo sino que por una sola te pusieras a morir muchas muertes!» Pues si la hermosura de la gracia ajena merece que se den por ella mil vidas, ¿cuánto más se debe dar una vida por conservar la propia? ¡Y cuán lastimosa cosa es, que por no negarse un gusto la pierdan los hombres y se hagan monstruos infernales!

La misma Santa, cuando veía a algún predicador u otro hombre que se empleaba en convertir pecadores, besaba con mucha devoción el suelo donde había puesto sus pies. Preguntada la causa de esto, respondía que era porque Dios la había dado a entender la hermosura de un alma que estaba adornada de gracia, y por eso se estaba abrasando de deseos que todas las almas del mundo resplandeciesen con esta divina belleza, y así tenía por bienaventurados a los que se ocupaban en sacar almas de pecado y restituirlas a la gracia (4).

Esta hermosura fué mostrada en un ángel a San Juan Evangelista (*Apoc*.. 16), al cual vió tan lleno de resplandor, que con haber visto en el monte Tabor el rostro de Cristo transfigurado y con los dotes de gloria, y después resucitado y con la hermosura que subió a los cielos, con todo eso, se le hizo tan nueva y admirable la hermosura de aquel ángel, que le derribó en tierra y le quiso adorar, si el mismo ángel no le detuviera; y no creo que le fué mostrada la misma espiritual y sobrenatural hermosura, porque ésta le dejara sin sentido, si no fuera por especial socorro del cielo.

Si los ojos corporales no pueden sufrir el ver la reflexión de la imagen del sol que reverbera de un espejo, tampoco podrían las fuerzas naturales del entendimiento humano sufrir la hermosura y resplandor de la imagen de Dios, que reverbera en el que está en gracia, como desde un cristalino espejo.

---

(4) Anton. Daur., t. 2; Florum, cap. 3, tít. 70.

La gracia, según Alejandro de Alés y otros doctores (5), es un candor o blancura de la luz eterna, que clarifica el entendimiento, inflama la voluntad y hermosea toda el alma. Y como el rayo del sol hiriendo a un espejo forma una expresa imagen del sol, casi tan hermosa y luciente como el mismo sol, así también por la gracia reverbera en el alma un retrato divino, que llamó Santo Tomás expresa imagen de Dios, de tal manera que deja al alma toda endiosada, que no parece a otra cosa más que a Dios. Y así no es mucho que un hombre desfalleciera, si Dios le descubriese la hermosura y resplandor divino de la gracia.

Fuera de que va muy notable diferencia de la representación de los rayos del sol, que se hace por la reflexión de la luz material en el espejo, a la representación de Dios, que se causa por la gracia en el alma; porque el rayo que da en el espejo no trae a sí la misma substancia del cuerpo solar, porque no está el mismo sol dentro del espejo; pero la gracia que se infunde en el alma trae consigo la misma substancia del Espíritu de Dios, porque se infunde con la gracia en el alma la misma persona del Espíritu Santo, y es el alma en gracia como un relicario de Dios.

¿Quién pudiera sufrir delante de los ojos un hermoso cristal dentro del cual estuviese el sol, o un cuerpo humano todo transparente y lleno del sol, como aquella mujer del Apocalipsis? Pues si no pudieran los ojos corporales sufrir la vista de cuerpo tan lúcido, ¿cómo podría el corazón humano sufrir, y el más perspicaz ingenio, con sólo sus fuerzas naturales, atender a la hermosura sobrenatural de un alma que está llena del Espíritu Santo, y echa de sí rayos de luz divina?

---

(5) 3 p., q. 99.

§ 2

¿Qué mucho que así pasmase a los hombres la hermosura de un alma en gracia, pues a los mismos serafines admira, como dice San Juan Crisóstomo? Y así, en los *Cantares* (c. 8), unos a otros, viendo la hermosura del alma, como admirados se preguntan: *¿Quién es ésta que sube del desierto, vertiendo por todas partes amores y delicias, reclinada sobre su amado?* Y no fué esta admiración a la primera vista de su hermosura, cuando las cosas suelen admirar más por nuevas, porque ya en otra ocasión la habían visto hermosísima, y con semejante admiración se habían preguntado: *¿Quién es ésta que sube por el desierto como un pebete oloroso?* Por cierto que, no dos o tres veces, sino mil veces se pueden admirar los serafines de la hermosura y gracias que recibe un alma santa que poco antes era un yermo y desierto seco, sin tener cosa que la hermosease, sino muchas monstruosidades de culpas, que la afeaban como un demonio.

Pues viendo los ángeles que por la gracia, la que era monstruo del infierno se hermosea como un ángel del cielo, y que el hombre viejo, hijo del primer Adán, se renueva con la imagen de Cristo y se hace hijo de Dios y viste de su púrpura divina, no acaban de admirarse, ni se hartan de mirar tan extraña hermosura, como dice San Crisóstomo (6): «Porque de la manera que si uno tomase para curar a quien estuviese todo lleno de pies a cabeza de ronchas asquerosas de sarna o lepra, y fuera de esto estuviese inficionado de peste u otra enfermedad incurable, además de esto fuese un viejo decrépito y pobre y hambriento; y a este tal de repente, de estado tan feo y abominable, le hiciese hermosísimo y muy gallardo, y de viejo le volviese mozo, aven-

(6) Homil. 1 in Ep. ad Eph.

tajándose a todos los hombres del mundo en hermosura, de manera que de los mismos males y llagas sacara resplandores y unos rayos sonroseados y graciosos, y al triste vejezuelo le pusiese en la flor de su edad, y fuera de eso le vistiese de una rica púrpura, y pusiese en la cabeza una diadema preciosa, y le adornase todo con grande majestad; de este mismo modo atavió Dios a nuestra ánima y la hizo hermosísima, muy para codiciar y amable; porque los mismos ángeles desean vehementemente verla y contemplarla, y lo mismo hacen los arcángeles y los demás santos. Con tal extremo nos hizo Dios graciosos y para desear aun de Sí mismo.» Esto es de San Juan Crisóstomo.

Verdaderamente tal es la hermosura de la gracia, que no sólo los hombres se quedaran muertos de gozo si la vieran, y no sólo se maravillan de ella los ángeles, pero al Señor de los ángeles enamora tanto, que le hace como salir de Sí, según dice San Dionisio; y el mismo Señor lo significa en los *Cantares*, donde pide al alma que *aparte de Él sus ojos, porque le hacían como desmayar* por el exceso de amor; y confiesa claramente que está *llagado* de sus amores, repitiendo una y muchas veces que es *hermosa y bella*. Y David dijo que *el Rey* del cielo y tierra *codiciaría su belleza*. También son palabras de quien se admira, cuando exclama el Esposo santo (*Cant.*, 4): *¡Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres!* Pues si a los ángeles y al mismo Dios es tan amable por su hermosura nuestra gracia, sin irles nada en ella, nosotros, a quien importa, ¿por qué no la deseamos y estimamos?

Platón (7) dijo de sólo lo que era *honesto*, que era tan sobremanera hermoso, que si los hombres lo vieran con los ojos del cuerpo, les causara admirables amores y deseo de alcanzarlo.

---

(7) *Phaed., Cic. Offic.*

¿Qué deseos, qué amores, qué ansias de la gracia debe tener el cristiano, pues no sólo tiene el bien de la honestidad moral, sino de la santidad sobrenatural?

Toda la hermosura corporal está en la debida proporción de partes; y así, cuanto las cosas fueren más excelentes, y la proporción y conveniencia entre sí fuere mayor, excederá la hermosura. Pues como la proporción que hay en lo honesto y en la virtud natural con la razón, sea entre cosas nobilísimas y espirituales, y la proporción sea mucho mayor que la que puede haber entre las cosas corporales, de ahí nace que lo honesto y la virtud moral sea en sí cosa casi inmensamente más hermosa que toda la belleza corporal que puede ser; y si se viera, causara un intensísimo amor y deseo de ser virtuoso. Pero la gracia añade mucho más a la hermosura de la virtud natural, porque es un ajustamiento del alma, no sólo a la razón natural, sino a la sobrenatural. Es una excelentísima conveniencia y ajustamiento, no a cosa criada, sino al mismo Criador, al mismo Dios que en ella resplandece, y así es la mayor hermosura que puede alcanzar una criatura pura.

No miran los hombres este bien que tienen o que pueden tener; y es razón que se repare en ello, y conozcamos esta grandeza que está secreta en nuestra alma. Miremos su resplandor y dignidad, no la perdamos. Por este descuido y olvido de la hermosura de la gracia advierte Dios al alma que mire lo que es, cuando en los *Cantares* (8) la dice y repite: *Mira que eres hermosa, amiga mía, mira que eres hermosa.* Mire el alma que ha recibido dignamente los Sacramentos con cuánta hermosura queda. Mire que es tan hermosa, que los mismos ángeles la admiran. Mire que es tan hermosa, que el sol en su comparación es un carbón requemado. Mire que es tan hermosa,

(8) Cant., 1.

que aventaja a la hermosura natural de los serafines. Mire que es tan hermosa, que al mismo Dios enamora y admira.

Mire que es hermosa, y mire que es hermosa una y otra vez, esto es, dos veces hermosa. Porque no sin misterio, cuando llama el Esposo hermosa al alma santa lo dice dos veces; y es la razón porque es dos veces hermosa, como se da a entender en aquellas palabras (*Cant.*, 4): *¡Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres! Tus ojos son de paloma, sin aquello que está en la íntimo escondido.* Y después añade: *Como los granos de una granada partida son tus mejillas, sin aquello que está en lo interior escondido.* Y el salmo 44, después de haber pintado la hermosura exterior del alma santa, dice: *Toda la gloria de la hija del Rey está de dentro.* En lo cual se da a entender que el alma que está en gracia tiene dos hermosuras: La una declara Salomón con alguna comparación de cosas corporales; de la otra no dice nada, porque es inefable. Tiene, pues, en sí el alma que está en gracia una hermosura criada, aunque sobrenatural, que es la misma gracia, la cual la hace más hermosa que todo lo hermoso de la naturaleza; y esta hermosura, aunque es incomparable, pero por ser criada, se puede en parte explicar con los ejemplos de algunas criaturas. Pero fuera de esto, está en el alma que está en gracia la hermosura increada, que es la misma Persona del Espíritu Santo; y ésta en sí es inefable, y está escondida a las fuerzas del ingenio humano, porque es la misma hermosura de Dios, que hermosea el alma, no como forma suya, sino como riquísimo ornato. Y de ésta no dice nada el Esposo, sino sólo significa que es grande y mayor que toda hermosura; y el Salmista, sin detenerse más, dijo que era *toda su gloria*, en lo cual dijo mucho.

Mire, pues, el alma santa que es hermosa por tener la hermosura de la gracia; y mire qué cosa tan hermosa en sí tiene, que es la hermosura del

Espíritu Santo, para que por una y por otra hermosura se estime. Mire, pues, que es hermosa, para que no se manche ni envilezca perdiendo la gracia.

§ 3

Y si no desea el alma su hermosura, tema la deformidad y horrible fealdad con que queda sin la gracia. A Santa Teresa (9) mostró Dios esta diferencia con una notable visión que tuvo; porque habiendo deseado mucho ver la hermosura del alma que está en gracia, se lo concedió el Señor. Víspera de la Santísima Trinidad, mostróle un hermosísimo globo de cristal muy puro, que a manera de castillo tenía siete estancias o moradas. En la séptima, que era la que estaba en el centro de él, estaba el Rey de gloria, con tan admirable resplandor, que ilustraba todas aquellas habitaciones, las cuales tenían tanta mayor luz cuanto más cerca estaban del centro; la cual luz no salía fuera de aquel globo, antes todo lo que estaba fuera de él eran horribles tinieblas, víboras, culebras y otros animales venenosos. Quedó admirada la santa de la grandeza de la hermosura que causaba el globo, todo iluminado con la presencia del Señor que estaba en medio. Pero yéndose de allí aquel Rey de gloria, que sustentaba tanta claridad y hermosura, al punto desapareció toda la luz, quedando aquel hermoso globo todo oscuro, abominable y negro como un carbón y con un hedor intolerable. En lo cual, y en aquellos animales ponzoñosos, la significaron el miserable estado y monstruosa fealdad que tienen los que están en pecado mortal.

También al Santo Abad Pablo (10) le fué mostrada parte de esta monstruosidad, porque viendo a los que estaban en gracia muy hermosos, a

(9) Relación 2.ª, § 2.
(10) In vit. Rosweid., lib. 7, cap. 23.

uno que carecía de ella le vió todo negro más que un etíope, y añublado, rodeado de demonios, que le traían de una parte a otra de las narices, con un freno o zarcillo que le habían echado en ellas, y el ángel de su guarda estaba apartado de él, muy triste.

Rufino (11) escribe también de un santo Obispo que veía a los que estaban en gracia muy hermosos y blancos, y a los que carecían de ella negros más que el carbón, y horribles, con los ojos hechos sangre, y todos llenos de llamas, que hacían erizar el cabello con mirarlos.

Todo esto es una tosca sombra de la deformidad del pecado; porque cuantas monstruosidades corporales hay, juntadas en una, no llegarán a significar lo que es la fealdad de una sola alma después de perdida la gracia. Y así, cuando el Señor significa esta deformidad a sus siervos, suele ser solamente por figuras corporales, para que no revienten de tristeza y espanto; porque si la vieren espiritualmente, como es en sí, quedaran muertos de temblor y pena, no menos que de ver a los demonios, cuya fealdad sola es por el pecado. Y así dijo Cristo nuestro Bien a Santa Brígida (12): «Si vieses a los demonios como son en sí, o vivieras con un dolor excesivo, o murieras de repente por su vista terrible; y así sólo se te representan las cosas espirituales con figuras de corporales.»

Aun los santos que vieron la fealdad del pecado en los demonios quedaron atónitos y espantados; ¿qué fuera si la vieran espiritualmente como es en sí? A los monjes de San Aicardo (13) permitió Dios que se les mostrase en la hora de la muerte, para que la pena de su horrible vista les sirviese de purgatorio. También a Santa Catalina de Sena se le mostró el demonio con la fealdad

(11) Lib. 3, cap. 199.
(12) *Revel.*, l. 2, cap. 3.
(13) *Blos. Monili*, cap. 2.

de su pecado, sólo por un cerrar y abrir de ojos; y le causó tal espanto y pena, que escogiera antes andar hasta el día del juicio los pies descalzos por un camino de fuego, que verla otra vez; con todo eso, la dijo nuestro Señor que no había visto bien su fealdad. Y Dionisio Cartusiano (14) dice que la vista de solamente un demonio sobrepuja a todo tormento de esta vida.

Pues semejante horribilidad y tan abominable fealdad tendrán los hombres que atropellan con la ley de Dios y desprecian la sangre de su Hijo benditísimo, lo cual aún no hicieron los demonios cuando pecaron.

Pues la hermosura de la gracia es más que cuantas cosas hermosas se pueden ver ni imaginar, ¿por qué no hace el pecador en sí esta mudanza tan fácil, pues la puede hacer en menos que un cuarto de hora? El Santo Paulo el Simple (15) vió una vez que estaba mucha gente en una iglesia; todos iban hermosos como unos ángeles; sólo uno entró fiero y negro como demonio. Dolióle al siervo de Dios en el alma, llorando amargamente el estado miserable de aquel hombre; pero volviendo a salir, echó de ver que ya salía otro y hermosísimo sobremanera. Preguntóle qué había hecho. Respondió que entre tanto que estuvo en la iglesia tuvo verdadera contrición de sus pecados, y con lágrimas de fino amor de Dios, que le tocó el corazón, los había lavado.

A los criados de Naamán (4 *Reg.*, 5) les pareció cosa muy fácil el lavarse siete veces en el Jordán para que quedase su amo limpio de sólo la lepra; y al cristiano, para quedar limpio de la lepra y asquerosidad de sus culpas y de la monstruosa horribilidad de ellas y alcanzar la gracia, ¿por qué le ha de parecer dificultoso lavarse con lágrimas, entrando siquiera una vez en el baño de la sangre de Cristo, a que nos convida con el Sacramento de la Penitencia? *Bendito sea aquel Padre de misericordias y Padre de nuestro Señor Jesucristo,* que con menores diligencias nos da su gracia que un hombre alcanza salud. Naamán salió de su casa y reino, vino a tierra de enemigos, pre-

(14) In *Dial. Jesu et Pueri,* a. 5.
(15) In *Vit. Patrum. Ruf.*, lib. 4, núm. 167.

paró grandes riquezas, trajo cartas de favor de un rey muy poderoso, dispuesto él a hacer todo lo que quisiesen por sanar de su mal y limpiar la fealdad de su cuerpo. Pero para que uno alcance la gracia y sane del mal incurable y deformidad del pecado, y adquiera una hermosura divina, no son menester cartas de favor, no son necesarias dádivas ni presentes que dé, no ha menester desterrarse de su tierra, ni a veces dar un paso: ¡y que con todo eso no lo haga el cristiano! ¿Qué excusa podemos dar a Dios, y a nuestra propia honra y amor que nos debemos tener? ¿Qué desesperado se puede hacer más daño que esto? Pues peor es la culpa monstruosa del pecado mortal, aun por un momento, que la pena de infierno por una eternidad.

§ 4

También el alma temerosa de Dios, que confía en su infinita misericordia que está en su gracia, sepa guardarse limpia, estime esta divina hermosura; esté, como quiere el Esposo y amador de las almas, *toda hermosa y sin mancha*; porque cuanto más hermosa una cosa, tanto más disonancia hace cualquier defecto. En una riquísima tela de brocado parece muy mal una mancha de aceite, aunque sea pequeña. Gran cuenta han de tener consigo los siervos de Dios por no perder ni marchitar la hermosura de su alma. Prevénganse cada día y laven con lágrimas sus faltas.

¿Cuánto tiempo gasta una hermosura perecedera del cuerpo para sustentarla? Mujeres hay que en tocarse, lavarse, aderezarse y vestirse gastan tres o cuatro horas cada día; no será mucho que la Esposa de Cristo, por la hermosura de la gracia, gaste cada día una a dos horas de oración.

Y después, ¿qué cuidado tiene entre día una dama en que no se manche el vestido, de no tocar donde pueda deslucirse, de no hacer acción sin gracia y cortesía? No menos cuidado han de tener entre día las almas santas en no mancharse en cosa, ni tocar donde se pueda deslustrar su vida, ni hacer acción que no sea con gracia y a mayor gloria de su Criador, no descuidándose en cosa por pequeña que sea; porque lo pequeño, hecho con la gracia divina y conforme a la rectitud y decoro de la gracia, clava el cora-

zón a Dios para abrasarse de amores del alma santa, como Él mismo se lo confiesa, diciendo: *Heriste mi corazón con sólo el uno de tus ojos y con un cabello.* ¿Qué significa *uno de los ojos,* sino la pura intención? ¿Y qué es *uno de los cabellos,* sino un santo pensamiento? ¡Y que baste un pensamiento sólo del alma santa para atravesar el corazón de Dios con flecha de amor! Grandemente debe ser esto agradable a sus divinos ojos. Grandemente debe ser hermosa la gracia, pues comunica tan grande hermosura a cosas tan pequeñas. Inmensa es su luz, si tan pequeña centella así hiere los ojos y alma de Cristo.

Pues así como cosas tan pequeñas son agradables a Dios, así también defectos y faltas pequeñas no las hemos de tener por tales, sino por muy indignas de quien está en gracia, y desagradables a nuestro Criador, y que apartan al alma de los abrazos íntimos de su Esposo.

De esta hermosura espiritual de la gracia, tan escondida a los sentidos y no conocida de nosotros, se ha de sacar gran temor de no despreciar a nadie, por despreciable que parezca a los ojos humanos; y así, cuando viéremos algún manco, contrahecho, enfermo o de otra manera contentible en el aspecto, por disforme que sea, no hemos de pararnos a considerar la figura del cuerpo corruptible, sino la hermosura que puede tener en su alma; y la verdadera hermosura es la espiritual, que no pueden discernir los ojos. Y un hombre santo, aunque sea de mal gesto y talle, debe ser preferido al más hermoso y dispuesto del mundo, si es pecador, porque en realidad de verdad, aquél es más hermoso que éste; y el cuerpo del que es justo, por horrible y feo que sea, resucitará más hermoso y resplandeciente que el sol. No se ha de guiar nuestro juicio por lo que los sentidos representan, sino por lo que la razón y la fe enseñan. La razón dice que la virtud es más hermosa que los mismos cielos y cuanta hermosura natural es imaginable aun en los mismos ángeles.

CAPITULO 10

ADMIRABLE UNIÓN CON DIOS Y CON TODOS LOS SANTOS Y ÁNGELES QUE CAUSA LA GRACIA, HACIENDO AL ALMA UN ESPÍRITU CON EL DIVINO

§ 1

Un espíritu con Dios.

Los bienes y grandezas de la gracia son tan extraordinarios de grandes, y uno a otro de tal manera se exceden, que considerando cada uno de por sí, se juzgará ser el mayor, que parece no ser posible otro que le iguale; aunque declarando después otros, parecen siempre más grandes, y el último mayor que todos, porque excita nueva admiración.

¿A quién no admirará, aun después de cosas tan admirables y bienes tan incomparables como hasta aquí hemos declarado de la gracia, lo que dice el Apóstol (1 *Cor.*, 6), *que quien se llega a Dios* por gracia *se hace un espíritu con Él?* ¿A qué mayor alteza puede aspirar el corazón humano que a ser uno con Dios? Es tan grande este bien, que el Hijo de Dios le encareció, si así se puede decir, por ser cualquier encarecimiento corto, y no exceder la suma sabiduría de Jesús un punto a la verdad; con todo eso nos lo encomienda con estas palabras, que hablando con su Padre de los que están en gracia, dice (*Jn.*, 17): *Yo les he dado la claridad que me diste, para que sean una cosa, como nosotros somos una cosa. Yo estoy en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados y perfectos en ser una misma cosa.* Y poco antes dijo que le había costado muy particulares oraciones que fueran todos una misma cosa, declarándolo así: *Como Tú, Padre mío, estás en Mí y Yo en Ti, para que ellos sean en nosotros una misma cosa,*

Ruego a los que esto leyeren que ponderen estas amorosas palabras de Jesús, y de cuán inmensa dignación haya usado con los suyos. Ponderen qué cosa es ser una cosa con Dios, y estar en Dios, y Dios estar en nosotros. Con razón lo llamó el Salvador *esclarecimiento* o *claridad y gloria*; y no como quiera, sino la que el Padre Eterno le dió, y esa nos la ha dado el mismo Jesucristo. ¿Qué *claridad* es ésta sino el haber dado Dios a su Hijo su mismo Espíritu y Divinidad? Pues esta tan grande claridad y honra dió el Hijo de Dios a los hombres, que con su muerte y Pasión les alcanzó la gracia, porque con ella les dió también su Espíritu, esto es, su Divinidad con la persona del Espíritu Santo, para que habite, como realmente habita, en los justos, con lo cual somos una cosa con Dios, y con todos los santos del cielo y la tierra, y con las jerarquías de todos los espíritus celestiales.

Esta unión con Dios en el que está en gracia se causa, no de una manera solamente; porque se causa, lo primero, por razón de la misma naturaleza de la gracia, que por ser de su esencia participación de la naturaleza divina, y expresa y viva imagen de Dios, une al alma con el mismo Dios, haciéndola divina y como endiosándola.

Lo segundo, se causa esta unión con Dios de manera que se hace el que está en gracia *un espíritu* con Dios por razón de la persona misma del Espíritu Santo, que se infunde en el alma.

Y por esta razón, el que está en gracia no sólo se hace uno con Dios, sino con todos los justos que hay en la tierra y bienaventurados en el cielo. Y así, dice San Buenaventura sobre el primer libro de las Sentencias (1): «El Espíritu Santo se da para unir y ligar los miembros del cuerpo místico; pues estos miembros místicos están unidos entre sí mismos, como dijo el Señor, *para que sean consumados en una misma cosa*, y la per-

(1) In 1. d. 14, art. 2. q. 1.

fecta unión no puede ser sino en una cosa simple; de donde se sigue que estos miembros unidos se han de unir por una cosa que sea una y la misma en todos. Mas esto no puede ser por don alguno criado, sino increado; y así, es necesario que con el don criado de la gracia se dé el don increado del Espíritu Santo.»

De manera que nos unimos con Dios no sólo por la semejanza de la gracia, sino por tener verdaderamente su mismo Espíritu. Lo cual es la mayor unión de una pura criatura para con su Criador que se puede imaginar. Ni hay entre nosotros ejemplo semejante con que se pueda declarar; porque las mayores uniones que puede haber entre los hombres es del padre con el hijo, del marido con la mujer y de un amigo con otro; pero en todas estas personas no se ve que las substancias de las almas estén unidas, sino solamente los afectos y alguna participación de la naturaleza corporal; pero las almas santas están unidas con Dios por la participación de la naturaleza divina, y luego porque el mismo Espíritu de Dios está en ellas.

De manera que el Espíritu que comunicó Dios a su Hijo, comunica el Hijo a los justos, para que así como el Padre y el Hijo son unos, y el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, así también, con un modo admirable, el alma que está en gracia sea una con el Padre y el Hijo, y el Padre y el Hijo estén en ella. ¿Qué unión semejante hay entre los hombres, que uno esté realmente en otro? Pero lo que no puede haber en las cosas humanas por su incapacidad y mengua, lo hay en las divinas por su grandeza o infinidad. ¿Cuánta será la dicha del que está en gracia, pues tiene dentro de sí al Espíritu del mismo Dios? Cesen todos sus deseos, cese toda ambición, y pare aquí el corazón humano, que no puede llegar a mayor felicidad ni honra que ésta.

Allégase a esto que, por la infinidad del Espíritu Santo que está en el que tiene gracia, fuera de

hacerle uno con Dios, le hace uno con las mejores personas que hay en el cielo y en la tierra, pues tiene en sí el mismo Espíritu que tuvieron todos los reyes santos que reinaron en el mundo y los justos que reinan y reinarán en el cielo.

Considere el justo su felicidad, que tiene en sí el espíritu de San Juan Bautista, el de San Pablo, el de San Francisco, el de Santo Domingo, el de San Ignacio. Considérese y reverénciese porque tiene el mismo espíritu de San Miguel y San Gabriel, y de los mayores serafines del cielo; y lo que más es, que tiene el mismo espíritu que estuvo en la Reina de los ángeles, y fué santificada con Él. Y si se tuviera por gran suerte tener una reliquia de los cuerpos de estos Santos, y mucho más el alma de ellos natural, más dicha es tener el mismo espíritu que los santificó, y fué como el alma y vida de sus almas. Considérese quien está en gracia, trabado y eslabonado con tantos Santos religiosos que están sirviendo al Señor en penitencia y obediencia, desechos de sí mismo, y que tienen su conversación sólo en los cielos. Considérese que está enlazado con estrechísimo vínculo con tantos santos como hay en los monasterios, y escondidos en las ciudades, que desconocidos de los hombres son muy a menudo visitados de Dios. Considérese que está junto con los bienaventurados del cielo, y con los serafines que están más juntos con Dios. Finalmente, considérese que está no sólo abrazado con su Dios, sino que es uno con Él, y con cuanto bueno y santo hay después de Dios.

Considérese, pues, qué pierde quien pierde la gracia, porque pierde la compañía y la estrecha unión con tantos buenos: pierde el parentesco de tantos y tantos ángeles como hay en el cielo; sálese de aquel anillo preciosísimo en que están asidos los serafines más abrasados de amor; desátase de aquella riquísima cadena en que están eslabonados los nueve coros de los ángeles, con los demás bienaventurados del cielo y justos de la tierra; desengárzase de aquel precioso joyel en que están resplandeciendo todos los espíritus celestiales; finalmente, desásese de Dios, con lo cual el que era *un espíritu con Dios* se hace uno con Lucifer.

Y si aun en las cosas naturales, las inferiores se perfeccionan con la unión de las superiores, ¿qué per-

fección adquirirá el alma con la unión con Dios y de tantas criaturas tan perfectas y santas? Al contrario, ¿qué destrucción será la del alma que se desune de su Criador y de inteligencias tan sublimes, y se pega a las vilezas de la tierra, y se une por el pecado con Satanás, y se encadena con los condenados del infierno, alistándose en una misma matricula en que están Caín, Judas, Nerón, Arrio, Mahoma, Lutero y todos los hombres malditos del mundo? ¡Dios por su misericordia engendre en nuestras almas grande estimación de la gracia, y horror de su pérdida y menoscabo, con un temor y asombro infinito de todo pecado!

También nos ha de ayudar la consideración de esta divina unión, para tener entrañable amor de Dios, con quien nos unimos por la gracia; porque la unión y compañía es causa de amor. Dos bueyes que han estado algún tiempo uncidos a un mismo yugo, y han arado juntos, se ha visto que apartados no se hallaban. Por la unión del alma al cuerpo hay grande amor entre los dos, aunque sean tan distantes en naturaleza, que la una es espíritu y el otro vilísima materia; con todo eso desean sea eterna su compañía y unión. Mucho mayor amor debe engendrar en nosotros este soberano ayuntamiento con Dios, deseando sea eterno; porque así como no hay en lo criado mayor unión, así tampoco debe haber mayor amor. No hay junta más íntima que la de Dios al alma, ni en que más perfeccione el extremo superior al inferior, y así no debe haber unión más deseable ni estimable. La unión del alma al cuerpo no puede hacer más sino que resulte de ella un compuesto que ni sea el alma ni el cuerpo; porque entrambos unidos hacen al hombre. Mas de la junta del alma con el Espíritu Santo se hace el alma un espíritu con Dios, con un modo admirable; no porque pierda el alma su ser natural, sino porque lo adquiere sobrenatural y divino, viviendo sobrenaturalmente por el Espíritu de Dios que en ella habita.

En lo cual va muy notable diferencia a lo que pasa entre la carne y espíritu humano; porque el alma del hombre, que es espíritu, por más que se una a su cuerpo y le perfeccione, no podrá hacerle espiritual; mas Dios, juntándose con nuestra alma, la hace divina, y así debe el alma desear a Dios infinitamente más que el cuerpo a ella.

§ 2

Un cuerpo con el Cuerpo de Cristo.

El mismo Hijo de Dios, no contentándose con la unión de su Espíritu con el nuestro, extendió su divina misericordia a unirse también con nuestra carne. No hablo sólo de aquella estupenda unión, por la cual unió a su Persona divina la Humanidad de Cristo, sino de otra admirable unión de nuestra carne con la suya, para que no sólo fuésemos un espíritu con el suyo, sino también una carne con la suya, para que en todo fuésemos unos con Cristo, y que como nuestro espíritu está unido por la gracia con el de su Divinidad, así, por un admirable Sacramento de la gracia, fuese nuestro cuerpo unido al de su sacrosanta Humanidad, y fuese nuestra carne una con la de Cristo.

Por lo cual, dijo San Juan Crisóstomo (2): «No se contentó el Hijo de Dios con hacerse Hombre y ser azotado y crucificado, sino que nos juntó consigo como en una misma masa: hízonos un mismo cuerpo, no solamente por fe, sino realmente.» Este fué un notable efecto del amor que tiene a las almas que están en gracia, y así, dice el mismo Santo (3): «Como quisiese mostrar su amor para con nosotros, se entró y como mezcló en nosotros, y quiso que se entrase en nosotros su cuerpo, para que nos hiciéramos una cosa, como el cuerpo unido a la cabeza, porque esto es propio de los que aman vehementemente.» Y San Cirilo Alejandrino dice (4): «Debe considerarse que Cristo está en nosotros, no sólo por el afecto de caridad, sino por participación natural; porque de la manera que una cera derretida, si la echan en otra tal, es necesario mezclarse

(2) Homil. 83 in Matth.
(3) Homil. 45 in Joan.
(4) Lib. 4 in Joan., cap. 17.

una con otra, así también quien recibe la carne y sangre de Cristo, ésta se junta con él de tal manera, que Cristo está en él y él se halla en Cristo.» Tan encarecidamente hablan de esta unión San Cipriano (5) y San León, que la llaman tránsito de nuestra carne en la de Cristo.

De esta manera hablan los Santos, porque la unión es tan admirable, que no se puede dar bien a entender. Porque aunque la carne de los que dignamente comulgan no pierda su naturaleza, adquiere muchas prerrogativas de la carne sacratísima de nuestro Redentor, como lo dan a entender otros muchos testimonios de los santos. San Cirilo Hierosolimitano (6) dice que este Sacramento santifica alma y cuerpo. San Juan Damasceno (7) dice que es para presidio y salvación también del cuerpo. San Gregorio Niceno le llama saludable medicamento, con que se curan las malas afecciones del cuerpo. San Cirilo Alejandrino dice (8): «No sólo ahuyenta la muerte, pero todas las enfermedades; porque como en nosotros quede Cristo, apacigua la cruel *ley de nuestros miembros*, esfuerza la piedad, apaga las perturbaciones del ánimo, cura a los enfermos. y a los lisiados reforma.» San Crisóstomo, predicando contra la ira, dice será su remedio «si bebiéremos el Cáliz del Señor, que mata las sabandijas y serpientes que están dentro de nosotros.» Esto lo dice por las malas calidades del cuerpo con que se inclina a pecar.

De todo lo dicho se colige que es efecto de la unión de nuestra carne con la de Cristo, conformar nuestro cuerpo con el suyo, santificando nuestra carne y reformando en ella la propensión al pecado, reduciéndola a la obediencia del espíritu. Y como la divinidad de Cristo da a nuestra alma un vigor singular, así su humanidad

---

(5) Lib. *De Coena Dom.*, post. init.
(6) *Cartech. Mystag.*
(7) Lib. 4, cap. 14.
(8) Lib. 4 in Joan., cap. 17.

santísima da a nuestro cuerpo particular limpieza en los que dignamente la reciben, y juntamente un raro esfuerzo para llevar las penitencias y asperezas corporales, como ayunos y todo género de maltratamiento de la carne, y le dispone y condiciona con más nobles calidades, y le castifica. «Porque si la justicia original—dice un Doctor (9)—, siendo espiritual, pertenecía también al cuerpo, de manera que por la comida del árbol de la vida fuera el cuerpo exento de la muerte, tedio y cansancio, pide también la buena razón que a quien pura y castamente se junta a Cristo en este Sacramento, le dé una alegría y prontitud singular, y vigor para los actos de virtudes y para reprimir lo contumacia de la carne.»

La propiedad de este divino manjar es no convertirse en quien le come, porque el Cuerpo de Cristo no se había de convertir en el cuerpo corruptible y vicioso del que poco antes fué pecador, sino el manjar convierte en sí a quien le come, esto es, Cristo al que comulga. Y como la naturaleza con el calor natural cuece el manjar y le digiere antes que le una a sí perfectamente, así Cristo nos purifica y acrisola para unirnos a Sí perfectísimamente: Lo primero, consume los deseos desordenados de bienes y riquezas de la tierra; lo segundo, consume la ambición de honras mundanas; lo tercero, consume el apetito rebelde de la carne. De suerte que no sólo purifica nuestro espíritu y alma, sino también el cuerpo, castificándole y conformándole al suyo, que es lo que se dice en este Sacramento, que es *vino que engendra vírgenes.*

Es también fruto de este divino misterio el deberse a los que dignamente comulgan la resurrección de sus cuerpos, con los cuatro dotes de gloria, por la unión de su carne con la de Cristo,

---

(9) Salian., *De amore Dei.*, lib. 11, cap. 11.

como enseña San Ireneo (10), de manera que, aunque no resucitaran otros, ellos resucitaran gloriosos. Por esto entienden los doctores místicos, y algunos, dice el Padre Saliano (11), hablan por experiencia, que en algunas personas purísimas llega a ser esta unión de Cristo por el sacramento real, inmediata y natural, por cuanto se les manifiesta el mismo Cristo, de manera que perciban y experimenten su presencia, no tanto por alguna visión o revelación, cuanto por unos abrazos dulcísimos, con que inefable y suavísimamente junta a Sí al alma, y ella lo siente y goza de su presencia y bondad y regalos.

Y llega a tanto esto, que el mismo cuerpo purísimo de los que suben a esta dichosísima unión, siente con un inefable contacto la presencia de Cristo y su cuerpo. Porque aunque en el Sacramento no pueda tocarse ni sentirse en sí, pero por virtud divina puede tocar y ser tocado. Ni sólo aquellas almas purísimas, sino el cuerpo de ellas inmediatamente le siente. Porque no es absurdo, dice el P. Saliano, que el Cuerpo de Cristo se pueda tocar, palpar y sentir por virtud divina, aunque sea glorioso; pues el mismo Cristo, después de resucitado, se dió a tocar a los discípulos, lo cual no hiciera si no pudiera ser tocado. Y las santas mujeres, después de la Resurrección, le tuvieron los pies y le adoraron (*Mt.*, 27).

Considere, pues, el hombre qué amor debe a Cristo por unión tan admirable de su espíritu y carne; con qué reverencia debe llegar a los Sacramentos, en que recibe tales favores; cómo ha de quedar después de confesado y comulgado.

No se ha de mirar ya como hombre, sino como ángel, porque habiendo una vez sola tocado nuestro cuerpo la sacrosanta e impecable carne de Cristo, había de quedar la nuestra más pura que

---

(10) Lib. 5, cap. 2.
(11) *De amore Dei*, lib. 11, cap. 12; et Thom. a Jesu, *De Or. diur.*, lib. 4, cap. 27.

el cristal, más limpia que el oro sacado del crisol, más resplandeciente que las estrellas; y para sujetarse a la razón, más blanda que la cera, y más devota que la misma devoción, y más espiritual que los ángeles, y a todo gusto del sentido más muerta que los mismos muertos.

¡Oh, qué maravillosas transformaciones de las vidas de los cristianos se vieran con la eficacia de los Sacramentos, si ellos se dispusieran como es razón y no pusieran impedimento a la gracia! Pero, como ni antes de recibirlos se pone el cuidado debido, ni después la solicitud que pide el estado y vida divinísima de la gracia que les dan, suélese ver poca o rara la mejoría por culpa nuestra. Porque ¿qué disposición es para tan altos misterios, después de haber sido uno todo un año, o medio año, un demonio, de la noche a la mañana quererse sentar a la mesa con Cristo, sin costar esto verter una lágrima, ni sacarse una gota de sangre, ni sentir un golpe de disciplina, ni por un día la aspereza del cilicio, ni dejar de cenar una noche, ni atropellar con lo que fué impedimento del servicio divino? Estas cosas siempre habían de preceder, aun en los que tienen cuenta con su conciencia y no les remuerde cosa grave.

¿Y qué cuidado es, después de haberse incorporado en aquella sacrosanta carne de nuestro Redentor, vivir con los mismos gustos de hombres que antes? ¡Grande confusión y vergüenza que haya quien, después de tal beneficio, se acuerde de gusto de la tierra, y aun quien se acuerde de que hay mundo y que hay cuerpo! Todo ha de ser espiritual, todo angélico, todo celestial, todo divino. A Cristo sólo ha de amar, a Cristo sólo entender, a Cristo sólo gustar, a Cristo sólo tener y Cristo sólo ha de ser; porque se ha de mirar, ya no como hombre, sino como Cristo, después de tal unión.

También se debe considerar en esta *incorporación* nuestra, como hablan los santos, con el

sacratísimo Cuerpo de Cristo nuestro Redentor, que por medio de él nos hacemos un cuerpo con todos los santos que viven en la Iglesia. Porque así como el alma santa, haciéndose una con el Espíritu de Dios, se viene a unir con las demás almas de los santos, porque es un mismo Espíritu Santo el que está en uno que está en gracia y el que está en los demás, y por eso se traban y unen todas las almas que están en gracia en el Espíritu Santo, como en un vínculo simplicísimo en Sí, pero común a todas; así también el cuerpo del que ha comulgado dignamente, por unirse al Cuerpo de Cristo nuestro Redentor, se viene a unir a los cuerpos de todos cuantos santos han comulgado, y se ha hecho una con su carne la carne de Cristo, porque es vínculo de todos el Cuerpo inmaculado e impecable del Hijo de Dios, que es también una cosa de grande consuelo.

Porque si se tiene por gran dicha tratar fácilmente con algún santo o ser pariente suyo, ¿qué mayores Santos que los Apóstoles, y San Lorenzo, San Basilio, San Benito, San Francisco, Santo Domingo, San Francisco de Paula, San Ignacio y otros santísimos fundadores de religiones? ¿Y qué mayor santo que la Santa de las santas y Reina de los ángeles, la Madre de Dios? Pues no parentesco, que eso no fuera tanto, ni familiaridad sólo, sino una maravillosa unión de nuestro cuerpo tenemos con la carne y sangre purísima y gloriosa de la Madre de Dios, con la cual por medio de la carne y sangre de su Hijo nos unimos. ¡Oh admirable sabiduría de Dios, que halló modo para que todos los justos fuesen una cosa, como lo dijo la Verdad Eterna, no sólo siendo un espíritu por la Divinidad de Cristo, sino una carne por su sacrosanta carne, que en el Pan de su divino Sacramento recibimos! Por lo cual dijo San Pablo (1 *Cor.*, 10): *Un pan y un mismo cuerpo somos muchos, todos los que participamos de un pan.* Y en otra parte dice (*Rom.*, 12): *Muchos so-*

mos un mismo cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro del otro.

Notan algunos Doctores que este cuerpo *uno* que hacen muchos, según el Apóstol, no es sólo un cuerpo místico y generalmente, sino propia y corporalmente, porque todos realmente, nos juntamos y unimos con el Cuerpo de Cristo nuestro Redentor en la Eucaristía. Mire, pues, quien comulga cómo ha de mirar por la pureza de su alma y cuerpo; mire cuán espiritual y pura ha de ser su carne, pues se hace un cuerpo con el cuerpo de los Santos y de la Madre de Dios. Y si no quisiera perder un hueso o reliquia de San Francisco o de otro Santo grande, no quiera perderse uno con todo su cuerpo, y lo que más es, con los huesos y carne y sangre de la Virgen y de nuestro Redentor. No quiera dejar de ser el Cuerpo de Jesucristo, por ser de una mujer perdida, como habla el Apóstol. Estimemos esta dignidad de ser unos con el Espíritu Santo, y con todos aquellos que fueron templos del mismo Espíritu Santo.

§ 3

Yo dije: dioses sois.

Aprendamos del mismo Dios a estimar esta grandeza y dignidad de los que están en gracia y participan el cuerpo y sangre del mismo Señor de la gracia, pues por hacerse una cosa con Dios, les da el más grande nombre que se puede dar, que es de *dioses* y de *Cristos*; porque con menos no se podía significar el bien y grandeza de esta unión. Y así dice en un salmo: *Dios estuvo en la Sinagoga de los dioses*. Y en otro: *No queráis tocar a mis Cristos*. Y en otra parte: *Dioses sois e hijos del Altísimo*, que son los que están en gracia: y así, San Gregorio Nacianceno

tampoco dudó de llamar dioses a los Santos. Y San Jerónimo dice (12): «Los Apóstoles, no hombres, sino dioses se llaman. Porque como preguntase Cristo: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Luego añadió: *Y vosotros, ¿quién decís que soy?* Como si dijera: Los hombres, como hombres, no piensan sino cosas humanas; pero vosotros, que sois dioses, ¿quién pensáis que soy?»

San Anselmo advierte que este nombre de dioses, no sólo compete a los Apóstoles y grandes Santos, sino a todos los justos por gracia. Y así dice (13): «Atiende a esto te ruego, y entiende que a ningún justo excluyó Dios de esta deidad, cuando dijo: *Dioses sois, y todos hijos del Altísimo.*

Los emperadores romanos tenían por grandeza llamarse César o Augusto, por ser estos dos príncipes tan señalados y favorecidos de la fortuna. Y los reyes de Egipto se honraban con el nombre de Ptolomeos, por ser el nombre del primero de sus reyes. ¡Qué gloria es que se llamen dioses los que están en gracia! Título, no de un monarca temporal, sino de un rey omnipotente de cielo y tierra. Y esto es mucho más de considerar, por el fundamento que hay para tal nombre, porque es incomparablemente mayor que el que tuvieron los príncipes de Roma y Egipto para llamarse Césares, Augustos y Ptolomeos, no más porque les sucedieron en sus imperios; no porque tuviesen en sí las propiedades de César, ni Augusto, ni Ptolomeo, ni porque vivieron con su alma o tuvieron algunos miembros de su cuerpo. Mas los que están en gracia llámanse con más derecho dioses, porque viven con el mismo Espíritu de Dios, pues que su alma está con admirable vínculo unida por gracia al Espíritu

---

(12) In Matth. 17.
(13) Lib. *De similit.*, cap. 46.

Santo, y su carne al Cuerpo de Cristo, Dios y hombre.

Es tan notable esta unión, que no se significa bastantemente con el ejemplo de unión alguna que haya entre personas criadas. Porque ni con decir que los que están en gracia son amigos de Dios, ni que son hijos de Dios, con ser nombres tan honoríficos, se declara su unión; pues ni el más fino amigo ni el más obediente hijo ha sido tan uno con su amigo o padre, que viviese con la misma alma del padre. Mas los que están en gracia son tan unos con Dios, que viven con el espíritu de Dios, y están unidos y aun son unos con él. Con lo que sólo se puede declarar más significativamente es con el nombre absoluto de Dios; porque si bien ellos no sean absolutamente dioses, son todo lo mayor que pueden ser después de Dios, y tienen tal unión, que trasciende toda unión y se parece a la que hay en las Personas divinas. Porque así como el Hijo y el Espíritu Santo son Dios, porque tienen una misma vida y espíritu de Dios y divinidad, así el que está en gracia, porque tiene en sí, aunque participadamente, la vida, espíritu y divinidad de Dios, se llama justamente Dios por la participación que tiene del Ser divino.

De manera que sólo en la Santísima Trinidad hay el ejemplo con que más se puede declarar lo que es esta unión de la gracia; y así Cristo nuestro Redentor la declaró con el ejemplo de las Personas divinas; y en toda otra naturaleza no hay ejemplo que así lo declare. En las Personas divinas, sí, porque el Padre está en el Hijo y el Hijo vive por el Padre. Pues como en el que está en gracia está el espíritu de Dios, y vive por el mismo espíritu, por eso se declara esta unión divina, no por nombre que compete a criatura, sino por el que compete a sólo el Criador. ¿Qué substancias criadas hay que así se amen, que la fuerza del amor no sólo las

haga una cosa por afecto, sino por su mismo ser? Ninguna se halla en la naturaleza de tan fino, generoso y eficaz amor; pero las Personas divinas, sí, porque el Padre e Hijo, cuyo vínculo se llama el Espíritu Santo, de tal manera se aman, que no sólo por afecto, sino por su substancia son una misma cosa. Pues como el amor de Dios para con el que está en gracia, porque es eficacísimo sobre todos los demás amores, une a Dios con el alma, no sólo por afecto, sino también con efecto, estando en ella con su mismo Ser y habitando en ella, por eso no hay ejemplo que declare esta unión amorosa de la gracia en las cosas naturales, sino en sólo Dios, y así no es mucho se dé al que está en gracia el nombre que declare más su unión tan estrecha con Dios, llamándose también dios, pues por participación tiene la naturaleza divina y es uno con el espíritu de Dios.

¿Con qué amor debe responder el alma a este amor de su Criador, tan unitivo y liberal? ¿Cómo debe amar el hombre a Dios porque quiso ser uno con él, y le ama hasta ser uno? Procure, pues, amar a quien tanto le amó, no sólo con el afecto, sino con el efecto; no sólo con amores tiernos, sino con obras varoniles, haciéndose uno con Dios por imitación, no haciendo obra que no sea digna de Dios; porque a nosotros mismos nos hiciéramos gran agravio si, teniendo nombre divino, tuviésemos obras diabólicas.

CAPITULO 11

POR LA GRACIA SE SUBLIMA EL ALMA A SER ESPOSA DE DIOS, CON VÍNCULO MÁS ESTRECHO QUE TODO MATRIMONIO HUMANO.—LOS GUSTOS CELESTIALES QUE HAY EN ÉL

§ 1

Matrimonio del alma con Dios.

Este amor, que debe el alma a Dios por estar unida con Él por gracia, declara la Sagrada Escritura con la semejanza del amor que tiene la esposa al esposo por la unión y vínculo conyugal. Y así, en todo el libro de los *Cantares* se llama *esposa* el alma santa; la cual significó bien esta unión, y el amor que por ella se debe, cuando dijo: *Mi Amado para mí, y yo para Él.* Y otra vez dice que *morará entre sus pechos.*

Pero si bien se considera, es figura y sombra todo vínculo conyugal y matrimonio humano, respecto de la unión y vínculo que tiene el alma santa con Dios. Y así, dice Santo Tomás (1): «Cuantas ventajas hace lo que es significado a la señal que lo significa, tanto se aventaja el amor y unidad de Dios con el alma, al amor del esposo a la esposa; y el amor y unión del alma con Dios, al amor de la esposa para con el esposo.» Sombra y figura es toda la unión matrimonial de los hombres comparada con esta unión del alma. Y así, a todo amor y fe humana debe exceder infinitamente el amor y lealtad que debe el alma a Dios, como verdaderamente excede el que tiene Dios al alma.

Por el amor de su esposa, dice la Escritura que *dejará el hombre a su padre y madre, y se llegará a su mujer,* y que son *una misma carne.*

(1) Opusc. *De Dilect. Dei,* cap. 13.

Grande Sacramento es éste—exclama el Apóstol (*Efes.*, 5)—, *pero yo digo que es entre Cristo y la Iglesia*, y entre Dios y el alma santa, entre los cuales hay mayor unión y amor que en el más legítimo y amoroso matrimonio del mundo. Porque lo que causa el matrimonio es que estén dos en una carne; pero lo que causa la gracia es que estén dos en un espíritu.

Considere el alma esta grandeza, si es para estimar o si es para perder. Si viéramos que un monarca soberano tomara por esposa una labradora del campo, y la ensalzara al trono y corona real, y la amara más que a su vida, ¿qué género de felicidad fuera ésta? ¿Sería razón que aquella labradora no le amase ni le fuese leal, sino que cometiese adulterio, y que fuese tan poco detenida en sus apetitos, que por cumplir un gusto muy ligero quisiera hacer divorcio con su esposo y rey, que tanto la amaba, volviéndose a la bajeza de lo que antes era? No pudiera imaginarse mayor villanía ni más enorme traición. ¡Y que haya hombre que se atreva a hacer esto con Dios! ¡Que habiéndole levantado a unión tan estrecha consigo, y más perpetua que el matrimonio humano, pues es eterna de suyo, quiera hacer divorcio con su Criador, perdiendo su gracia! ¡Quiera hacer traición a su Rey y Redentor, y, levantado al tálamo divino y corona del reino de los cielos, se quiera volver a su villanía y ruindad, siendo fementido y desagradecido a quien puso en él sus amorosos ojos y lo ensalzó a tan soberano estado!

Considere el alma que está en gracia a qué suprema majestad ha subido, no menos que a ser esposa de Dios, y más que esposa, cuanto va de la sombra a su cuerpo y de lo pintado a lo vivo; pues el matrimonio humano es sombra respecto de la unión divina con el alma que está en gracia, y las obras de Dios exceden incomparablemente a las de los hombres. Porque así como la

filiación de Dios adoptiva por la gracia excede a la filiación natural de los hombres, como hemos dicho (c. 5), y la amistad de Dios por la misma gracia sobrepuja a la amistad más pura y estrecha de los hombres (c. 7), así la unión y desposorios de Dios hacen incomparables ventajas al matrimonio humano. Pues si el matrimonio levanta a la esposa a la dignidad del esposo, de manera que si el esposo es conde, o duque o rey, se sublima la esposa, aunque sea de baja condición, a la misma dignidad, el matrimonio y unión con Dios, tanto más estrecha, ¿qué dignidad no dará al alma santa? Claro está que la levantará, sobre toda la naturaleza, a un ser sobrenatural y divino. De modo que todas las criaturas deben reconocer al alma que está en gracia como señora suya y esposa de su Señor y Criador. Por esto se llama *reina* en el salmo 44, proponiéndose con gran majestad para ser reverenciada de las hijas de Tiro y de los ricos del pueblo; esto es, de todas las especies de naturalezas y criaturas del mundo universo que no tuvieren semejante dignidad, por nobles y excelentes que sean. Porque dado caso que no tuviera la gracia por su esencia ser sobrenatural, y constituir al que la tiene sobre toda la naturaleza, por sólo este título de esposa del Espíritu Santo se ensalzara el alma sobre todo ser natural, y se colocaría en un grado soberano.

Estime, pues, esta suprema honra y no haga traición a su Esposo, con que lo pierda todo. No le dé disgusto con que merezca ser depuesta del reino de Dios. Considere las diferentes suertes de las reinas Vasti y Esther.

La reina Vasti, de emperatriz y señora de la monarquía del mundo, fué repudiada ignominiosamente y desechada del mayor rey de la tierra por sólo que quebrantó un precepto suyo, lo cual fué tragedia lastimosísima, que puso espanto a toda el Asia. Pero mucho más para llorar es la

miserable caída que da el alma cuando quebranta gravemente un precepto divino, porque es desechada de Dios, repudiada de su Esposo, rey omnipotente, desnuda de la majestad de la gracia, arrojada del primado sobre toda la naturaleza, y restituída a su vileza y a la cautividad del demonio. Sólo el considerar esto hace temblar: ¿qué miseria no tendrá en quien pasa todo esto real y verdaderamente?

Al contrario de la reina Vasti, fué grande la fortuna de la reina Esther, que de cautiva y extranjera fuese ensalzada al trono e imperio de toda Asia, desposada con el Monarca del mundo, querida de Él y favorecida con todo extremo. Esta dicha tan inopinable no fué más que una sombra oscura, respecto de lo que pasa en el alma cuando recibe gracia, que de esclava vil del demonio es ensalzada al reino de los cielos y escogida por esposa de Dios y hecha celestial y divina. ¿Qué lealtad debe guardar a su Esposo? ¿En cuánto debe estimar agradarle? ¿Cuánto debe temer el perderle? ¿Cuánto ha de procurar el amarle?

Allégase a todo esto que hay muy grande diferencia entre la unión del matrimonio humano y la del matrimonio espiritual y divino, en cuanto a la comunicación de los títulos de grandeza. Porque el matrimonio humano sólo da a la esposa el nombre de los títulos de su marido, no la propiedad de ellos; mas el matrimonio espiritual, por la gracia da al alma, no sólo nombres, sino realidades.—Dios es un ser sobrenatural y divino, y el alma en gracia no sólo se llama divina, sino por forma intrínseca es divina y está verdaderamente sublimada a un estado sobrenatural y divino.—Dios es santo, y el alma en gracia no sólo se llama santa, sino que lo es verdaderamente.—Dios es justo, Dios es hermoso, Dios es misericordioso, Dios es caritativo, Dios es bueno; y el alma que está en gracia tiene las

mismas virtudes, no sólo su nombre, sino su verdad. Porque en el punto que le infunden la gracia, la dan juntamente todas estas virtudes sobrenaturales, y se hace justa, hermosa, misericordiosa, caritativa y buena.—Finalmente, la esposa que se casa con un rey, aunque la dan el nombre de reina, no tiene derecho al reino; mas al alma que está en gracia la dan verdadero derecho al reino de Dios.

Pues si el nombre y título vano de las grandezas vanas del mundo es tan apetecible y codiciado, la realidad y verdad de grandezas tan verdaderas como la santidad, justicia y derecho al reino de los cielos, ¿cuánto deben estimarse? Por un título y apellido, sin más provecho que su nombre, se pierden los hombres y matan por conservarle; pues por conservar los nombres y realidades de cosas de tanto provecho para nosotros y en sí grandes, ¿por qué no nos hemos de ganar, y por qué no hemos de procurar vivir la mejor vida del mundo, que es la de gracia?

§ 2

Los tres bienes del matrimonio.

Añade Santo Tomás (2), para declarar las ventajas de la unión y desposorio espiritual entre Dios y el alma, la fineza y extremo con que están en él los tres bienes del matrimonio, cuanto es de parte de Dios, los cuales son éstos: *fe*, contra el adulterio; *inseparabilidad*, contra el divorcio, y la *fecundidad*, contra el oprobio de la esterilidad. Porque en el matrimonio espiritual la fe es más inviolable, la inseparabilidad mayor y la fecundidad más útil.

1. Cuanto toca a la *fe* y lealtad, dijo el mismo Dios por el profeta Oseas (c. 2): *Yo me desposaré contigo en fe*. Porque ¿qué mayor fe que la de

---

(2) *De dilect. Dei*, cap. 13.

Dios, que excede a todos los desposados del mundo en lealtad y fineza? Pues aún guarda fe al alma, después que ella la ha violado. Y así, dice por Jeremías (c. 3): *Con muchos enamorados has adulterado; pero, con todo eso, vuélvete a Mí.* ¿Qué mayor extremo de amor y lealtad se puede imaginar que éste? ¡Que es posible que después de haber sido traidores a Dios nos busque y quiera Él perdonar! Demás de esto, por parte de Dios, ¿cuándo ha faltado ni faltará lealtad y fe? ¿Cuándo se ha podido quejar algún alma que Dios la haya quebrado su palabra o dado muestras de menos amor?

Satisfecho de esto, Santo Tomás dice: «Con tan maravilloso modo te ama Dios, ¡oh alma mía!, todo Dios a ti toda, que no por eso te ama menos, aunque ama contigo a otra, esto es. a otra distinta de ti en substancia, pero una contigo en la caridad y amistad. Y no te amara más, si sola te amara, antes si no te diera compañeras, por ventura te pudiera amar menos que ahora.»

¿Y qué amor más fiel que llegar a dar la vida por las almas? Por eso San Pablo propuso a los casados, por idea del amor matrimonial, el amor de Cristo para con la Iglesia, esto es, con las almas santas. Y así, dice: *Maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia, entregándose a Sí mismo a la muerte por ella para santificarla, limpiándola con un baño de agua en la palabra de vida, para hacerla gloriosa para Sí, sin que tuviese mancha o arruga o cosa semejante, sino que fuera santa e inmaculada.*

Debe, pues, el alma que está en gracia corresponder a esta lealtad de Dios, y no hacer cosa en que falte a la fe de esposa fiel. Toda se ha de hacer ojos en dar gusto a su esposo querido; toda ha de ser para su amado, como su amado es todo para ella; todo su afecto ha de estar en servirle, todo su corazón en amarle, toda su memoria en acordarse de Él, todo su

entendimiento en conocerle y admirarle. Porque aunque todos debamos servir a Dios con todas nuestras fuerzas, a título de ser criaturas suyas; pero a quien está en gracia corre nueva obligación, y tan estrecha, por esta unión y matrimonio espiritual, que aunque no fuera criado por Dios, sino que tuviera ser de sí mismo, debía desojarse en agradarle y amarle, y guardarle toda fe y lealtad. Tiemble, pues, con estas dobladas obligaciones el alma, y estremézcase aun de sólo pensar que le puede ser traidora con un pecado mortal. Déjese el cristiano hacer pedazos antes que sea adúltero y fementido contra un Dios tan leal y amoroso para consigo.

2. En el segundo bien del matrimonio, que es la *inseparabilidad*, es Dios tan extremado, que quiere estar eternamente con su esposa; y por parte suya no puede faltar, porque es inmortal, que no puede morir; y es inmudable, que no puede arrepentirse; y es justísimo, que no puede agraviar. El vínculo de los matrimonios humanos se puede deshacer con la muerte del esposo, o puede violarse con su arrepentimiento e injusticia; pero Dios, por su inmortalidad, está libre de morirse y de deshacer esta unión, y por su inmutabilidad y justicia no puede violarla; antes es tan fino con el alma, que eternamente no se apartará de ella sin querer jamás divorcio. Y así, dice Santo Tomás (l. c.): «Alma mía, el matrimonio que entre ti y Dios se comenzó en el bautismo, y es *rato* (3) con la buena vida, en la Patria celestial será *consumado;* y después de aquel primer consorcio será imposible hacer divorcio. Porque así el esposo como la esposa serán inmortales en el cielo. En esta vida sólo puede faltar este matrimonio por la muerte del alma cuando cae en pecado; porque así como se acaba el matrimonio humano con la muerte de uno de los casados, así el matrimonio divino del alma con Dios acaba con la muerte del alma si comete algún pecado grave. Pero aun en esto

(3) *Rato*: ratificado.

hay gran diferencia entre el matrimonio de Dios y de los hombres: que el excusar la muerte del cuerpo no está en nuestras manos, y así no está en la libertad humana continuar el matrimonio; pero el excusar la muerte del alma está en nuestra mano, y asi puede el alma eternizar este divinísimo vínculo conyugal con Dios.

Pues ¿por qué se ha de apartar un alma, tan favorecida de Dios con unión tan estrecha, de lo que tan bien la está? Mire, pues, el cristiano por su vida y por su honra, y diga con el fervor de San Pablo: *¿Quién nos apartará de la caridad de Dios?* Eterna ha de ser mi lealtad con Jesucristo; eterno ha de ser mi matrimonio; eternamente he de gozar de mi Amado; eternamente tengo de estar con Él y Él conmigo; eternamente le he de amar; y por amarle he de aborrecer al mundo, a mi carne, a mi misma alma en cuanto da vida al cuerpo.

3. En el tercer bien del matrimonio, que es la *fecundidad*, es maravillosa la que hay en este vínculo espiritual del alma con Dios. Del cual dice esta sentencia el Angélico Doctor (l. c.): «Los hijos son más útiles, y de muchos más modos, pues son las buenas obras. Porque el esposo fecunda a la esposa; esto es, Dios al alma por su gracia, y los hijos proceden de entrambos unidos.» Luego añade: «Estos hijos son provechosos, que no matan a su madre, antes la adquieren vida eterna: al contrario de *la concupiscencia*, que, *cuando concibe, pare el pecado, y el pecado cuando es consumado, engendra la muerte.* Y en el salmo séptimo se dice: *Concibió el dolor y parió la maldad.* Por lo cual no se debe llamar el hijo espiritual de este matrimonio, que es un acto de virtud, *Benoni*, que significa *hijo de dolor*, sino hijo de gozo y de honor, aunque al principio fuese de trabajo; porque aunque *la mujer, cuando pare, tiene tristeza, después de haber parido ya no se acuerda del aprieto de su dolor por el gozo que se sigue.*»

Antes de Santo Tomás dijo Platón (4), que era mejor engendrar virtudes que hijos. Y así, mucho mayor y mucho más dichosa es la fecundidad del alma que está en gracia por el matrimonio espiritual con Dios, que la fecundidad de Lía en el matrimonio con Jacob, aunque fué tan celebrada de fecunda. En la multitud y en la variedad, en la calidad, en la facilidad, en la prosperidad, en todo hace muchas ventajas la fecundidad y fruto de bendición del matrimonio divino del alma al matrimonio humano. En éste es gran fecundidad si se llegan a tener doce hijos por toda la vida; en aquél se pueden tener en un día ciento, haciendo otras tantas buenas obras. En aquél, para tener un hijo, ha de padecer la madre nueve meses muchos accidentes, y al cabo grandes dolores; en éste no cuesta más que querer, y las más veces con incomparable gozo. En aquél, el hijo que se amaba mucho puede morirse, o salir avieso, y dar disgusto a sus padres; en éste, todas las obras de virtud han de permanecer eternamente para ser premiadas, y serán de gran gozo al alma que las hizo. En aquél cuesta gran cuidado a la madre la crianza de los hijos, después de haberlos parido; en éste, después de hecha una buena obra, no hay que acordarse de ella, sino procurar hacer otras.

Por lo cual, concluye Santo Tomás, que debe ser preferido el fruto de esta unión y vínculo matrimonial con Dios al fruto del matrimonio humano, pues en el matrimonio espiritual se producen buenas obras, y se engendra por ellas espiritualmente Cristo en el corazón propio o ajeno. Y así, dice hablando con el alma: «Tú, alma, ama más al hijo que, sobreviniendo el Espíritu Santo en el vientre de tu entendimiento, concibes más limpiamente, traes más gozosamente, pares más seguramente, crías más fácilmente. El cual sea báculo de tu vejez, ojos de tu ceguedad,

(4) *Simposion.*

que con una fe filial, en tu muerte se acordará de ti.»

Mire el alma las ventajas de esta fecundidad, y procure dar el fruto de bendición de este divino matrimonio. Procure el alma no ser estéril en el matrimonio con Dios; desee obrar bien, más que Raquel deseaba los hijos; tema no produzca monstruos de culpas la que ha de producir hermosas virtudes; no haga obra que no sea digna de Dios y agradable al Padre celestial.

Si estando un emperador poderosísimo como Asuero esperando un hijo, heredero de sus reinos, de una esclava con quien se había casado y levantado al trono real como a Esther, ella, cuando esperaban con más regocijo un hermoso hijo, pariese un horrible monstruo, con facciones no humanas, sino de brutos diferentes, ¿qué tristeza causara en el rey y todo el reino? ¿Qué confusión en la reina, aunque no estuviese esto en su mano? Eche de ver por esto el alma que está en gracia, desposada con el Rey omnipotente del cielo y tierra, qué confusión debe tener cuando por voluntad suya, en lugar de heroicos actos de virtudes, comete algún pecado—que no puede haber más horrible monstruo—. ¿Qué dirá a esto su Esposo? ¿Qué dirán sus vasallos los ángeles? ¿Y qué puede la misma alma decir, si lo considera bien?

Pues si se averiguase que aquel parto monstruoso de la reina fuese concebido por adulterio, ¿qué castigo no se juzgara menor que lo que tan gran traición merecía? Tiemble de esta consideración el alma, pues cuantas culpas hace es malparir otros tantos monstruos, y todos son por adulterio, porque no proceden de Dios, sino del diablo y del mundo, con quien adulteramos.

Un alma que está en gracia ha de ser muy leal a Dios; no ha de hacer obra que no proceda de su gracia, sin perder inspiración del cielo. Sólo al Espíritu de Dios ha de oír, sólo ha de concebir del Espíritu Santo; porque guiarse por leyes del mundo y por el antojo de su apetito y sentimientos de la carne y sangre, no conforme a la razón ni al Evangelio, no es otra cosa que adulterar con Satanás, que la inspira tales cosas y fecunda para todo pecado. Guarde a su esposo con mucha fe el corazón la esposa del Es-

píritu Santo. Guárdese limpia y pura, como su esposo lo es, para que lo sean sus obras.

§ 3

Regalos divinos.

Del cuidado de obrar virtuosamente, y de las perfecciones de las obras, se sigue en el que está en gracia hacerse más estrecho su vínculo y unión con Dios, confirmándose siempre más este divinísimo matrimonio. Porque así como entre un rey y una reina entonces hay mayor amor, unión y firmeza en su vínculo conyugal, cuando tienen hijos, entonces es más favorecida la reina, más amada de su esposo y más estimada de los súbditos; así en el matrimonio espiritual del alma por la gracia, cuando tiene frutos de buenas obras y es fidelísima a Dios en no hacer cosa alguna que no sea por el Espíritu Santo, sin dar oídos al demonio o a la carne, ni adulterar con el mundo, entonces se une más a Dios, y es favorecida más de su divina Majestad, más regalada y más ilustrada de su luz y hermosura.

La fecundidad espiritual de las buenas obras es de mucho mejor condición que la carnal. Porque cuanto una mujer ha parido más hijos, tanto más se marchita su hermosura, y va perdiendo lo florido y gracioso de su rostro, y últimamente cesa su fecundidad y su hermosura. Pero la fecundidad espiritual hermosea al alma de manera que cuantas más obras buenas hace, más graciosa es y más admirable y hermosa, y juntamente más regalada de Dios, y más fecunda y poderosa para producir más heroicas obras de virtud y frutos de santa vida, como lo prometió Dios por Isaías (c. 58). Después de haber exhortado a hacer buenas obras, dice al alma que las hiciere: *Entonces brotará como la aurora tu luz, y tu salud nacerá más presto, y delante de tu*

rostro irá la justicia, y la gloria del Señor te cogerá. Luego añade: *Nacerá en tinieblas tu luz, y tus tinieblas serán como medio día, y el Señor te dará descanso siempre, y henchirá tu alma de resplandores, y librará tus huesos, y serás como un huerto regado, y como una fuente de aguas, cuya corriente nunca faltará.* Porque cuanto más bien obra el alma, más fuerzas tiene para mayores obras, y como fuente ella perenne las continúa, y es más visitada de Dios, como un huerto amenísimo y su paraíso de deleites. Con las cuales visitas la hinche el Señor de luz, y levanta a un estado y unión semejante a la gloria, que parece se le ha anticipado. Añade poco después el Profeta: *Entonces te deleitarás en el Señor, y yo te levantaré sobre las altezas de la tierra.*

Todo esto que promete Dios a las almas que tienen hijos legítimos de su gracia por santas obras lo han experimentado muchos santos. Y San Bernardo, Ricardo Victorino y otros autores de Teología mística, hablando del matrimonio espiritual, lo enseñan, y lo llaman algunos unión de gozo, el cual suele ser tan grande, que parece revienta el corazón. Hácese esta unión entrándose el esposo, que es Dios, como ser infinito e inmenso, en las potencias del alma, haciéndose a ellas presente y comunicándose a sí mismo, como su propio objeto. Manifiéstase al entendimiento como una luz inmensa, y la voluntad le ama perfectísima y estrechísimamente. Y como dice San Bernardo (5): «Por especial prerrogativa, con íntimos afectos y con las mismas medulas del corazón recibe al Esposo venido del cielo, teniendo ya a mano a quien desea; no figurado, sino infuso; no aparente, sino eficiente.

Son grandes las maravillas que obra el Espíritu Santo con esta unión en las potencias del

---

(5) Serm. 31 in Cantic.; Salian., *De amore Dei*, página 584.

alma, a las cuales se une Dios. Porque esto añade esta unión a la unión simple de la gracia, que por la gracia se une Dios al alma, no a sus potencias, con actual representación; pero por esta unión, que se merece después que largo tiempo ha sido el alma fidelísima a su esposo, y con grande fecundidad dádole frutos de santas obras y siempre partos legítimos de su gracia, se une Dios también a sus potencias. De manera que baña a su entendimiento de una luz superior a todo sentido, y le eleva de manera, que propone a la voluntad presente su Esposo unido altísimamente, y la voluntad se une a Él apretadísimamente, en razón de sumo Bien y sumamente deleitable. De suerte que por esta unión percibe, experimenta y goza el alma y todas sus potencias interiores, de la hermosura, bondad y suavidad de su Amado, quedando la misma alma más hermoseada y graciosa, y adornada de todas las virtudes, con aquel *vestido de oro* que dijo David era *bordado de varias labores*. Entonces la requiebra amorosamente el Esposo, diciendo (*Cant.*, 2): *Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso.*

¡Oh alma mil veces bienaventurada, que aun viviendo en este destierro puede alcanzar tales prendas de su patria! ¡Oh alma mil veces dichosa, que llega a gustar casi del mismo plato de los bienaventurados! ¿Quién podrá explicar cuán íntimos son estos abrazos de Dios, cuán entrañado el afecto y amor, qué favores se reciben aquí? Aun los mismos que los sienten no los pueden decir, porque ni los ojos vieron, ni los oídos escucharon, lo que prepara y hace Dios para quien con semejante lealtad le ama. San Efrén, que experimentó esta dulzura y regalos de la gracia, no acaba de engrandecerlos, y los compara a un paraíso ameno, como hizo el Profeta: «En viniendo la gracia—dice este Santo (6)—, toda mi amar-

(6) *De Timore animi,* pág. 67.

gura se endulza, porque la presencia de la gracia, juntamente con la compunción del corazón, trae la dulzura y tranquilidad del alma; recrean las aguas de la gracia divina nuestros pechos, y el resplandor del Espíritu Santo, y hacen que el alma de repente se olvide de las cosas de la tierra y de los deseos carnales dañosos. Regalan las aguas de la divina gracia al entendimiento y al alma. Es semejante la gracia de Dios en nuestra alma a un paraíso o jardín real, que está lleno de hermosos árboles y sazonados frutos, que en el sabor y olor y suavidad y hermosura causan en todos los sentidos una admirable recreación y deleite; así también los frutos de la gracia divina nos dan grande dulzura, alegría y resplandor. ¡Oh dichosa aquella alma que resplandece con las obras de la divina gracia, se ilustra con sus rayos, gusta de su dulzura y se baña toda de gozo con la suavidad de su olor y de la contemplación! Otra vez repito: ¡Oh dichosa el alma que está adornada con los dones de la gracia de Dios! Esta tal alma nada considera de la tierra, pero toda está elevada en Dios, porque la gracia y suavidad del Esposo no la permiten volverse a otra parte.» Todo esto es de San Efrén.

Y no es mucho que sea tan grande la dulzura de la gracia en los que con santas obras la conservan; porque si Dios puso gusto en todas las obras de la naturaleza que son necesarias para conservarse, como es en la comida y generación, ¿cómo había de faltar en poner gran gozo en las obras santas y heroicas con que se ha de conservar la gracia? Antes, cuanto va de obras a obras y de la naturaleza a la gracia, tanto mayor dulzura y suavidad y purísimo deleite pone en el alma santa, fecunda de santas obras.

He querido advertir esto para que vean las almas que están en gracia, y por la gracia son esposas de Jesús, lo que las regala aun en esta vida su Esposo

querido, si le son fieles. Y que esta unión y matrimonio espiritual con Dios no carece de incomparables gustos y celestiales deleites, en comparación de los cuales son hieles todas las dulzuras de la tierra y tormentos sus contentos. Pero a esto no llegará el alma que fuere remisa en el servicio de su Esposo, y que diere lugar a poner su afición en otra cosa, porque es celosísimo Dios; Él solo quiere ser amado como Él solo lo merece; Él solo debe ser servido. Conozca el alma sus obligaciones y a lo que debe aspirar. Ha de unirse con Dios, con todo lo que es y vale, con toda su substancia y con todos sus accidentes y potencias. A Dios vea su entendimiento, a Dios conserve su memoria, a Dios quiera su voluntad, a Dios tenga en lo íntimo de su esencia.

CAPITULO 12

LA GRACIA SUBLIMA AL QUE LA TIENE AL SEÑORÍO DE TODAS LAS COSAS

§ 1

De las grandezas que hasta aquí se han dicho de la gracia sacan algunos Doctores una muy notable, y es que sublima al que la tiene a la monarquía del mundo y señorío de todas las cosas. Y parece que bastaba para esto que la gracia hace al alma esposa de Dios, y así la dará señorío de cuanto Dios tiene. Porque la doncella que se casa con un rey es señora también y reina de todas sus provincias.

Con todo eso, no es este título sólo, ni el más riguroso, porque por otros muchos parece se concede al que está en gracia el principado del mundo, como luego veremos.

Primero quiero advertir cuánto fundamento puede tener esto, que parecerá a muchos nuevo, y no lo es para muchos Doctores, que lo coligen de la Sagrada Escritura, y ellos con gravísimos

testimonios lo autorizan. El cual señorío es de mayor gloria y excelencia que el que tienen los mayores emperadores y reyes en sus provincias, cuyos dominios políticos no impiden el señorío excelentísimo y universal de los justos, como tampoco impiden al señorío de Cristo y de su Madre sobre todas las cosas Y así como Cristo nuestro Redentor es Rey de todo el universo verdaderísimamente, así también los que están en gracia tienen un principado muy excelente de todas las cosas, que es una rara excelencia y dignidad de la gracia.

Gerson disputa más rigurosa y particularmente este punto en un docto discurso que hizo *del dominio evangélico*. Y considerándolo escolásticamente, prueba cómo los que están en gracia tienen por muchos títulos la monarquía de todas las cosas; y después de haber advertido que dice cosas fundadas y sólidas, concluye diciendo: «El señorío que nace del título de estar en gracia es más hermoso, más fecundo, más divino que aquel que nace de derecho civil o justicia política.» Después dice: «El principado monárquico que nace del título de estar en gracia fué restituído por la Pasión de Cristo más extendida y copiosamente que fué antes del pecado.» Y reprendiendo luego a los pecadores, añade: «Arrojan lejos de sí el título de la gracia, excelentísimo y provechosísimo, el cual, en teniéndole, se nos ponen en las manos todas las cosas.»

Añade también y exclama el mismo Gerson (1): «¿Qué cosa más admirable, qué cosa más gustosa se puede oír, que saber que cualquier fiel que está en gracia es, como Cristo, monarca de todas las cosas? Abrid los oídos, hermanos muy amados; alégrese vuestro rostro, serénense vuestros ojos, todo afecto del corazón se alboroce, resuenen acciones de gracias; la boca, la lengua, el

(1) Col. 585, post. med.

entendimiento, el sentido, el vigor del alma entonen alabanzas a Dios y bendiciones y júbilos. ¡Qué modo y qué novedad de gozos tan grandes! Grandísimos, por cierto; excelentes cosas y muy señaladas son éstas; no se puede desear más; porque no por un título, sino por tres doblados, es el cristiano monarca. Al cristiano entregan todas las cosas en sus manos Lícito es decir que el cristiano es poderosísimo; yo no tengo empacho de decir que es omnipotentísimo, y acúsenme de blasfemo, si no confesó esto de sí el Apóstol (*Filip.*, 4), siendo semejante a nosotros, cuando dijo: *Todas las cosas puedo en Aquel que me conforta.* San Bernardo lo declara diciendo: Omnipotente soy. Y si es poco la autoridad del Apóstol, baste la de Cristo, que dice (*Mt.*, 17): *Al que cree, nada le es imposible.* Si con todo eso dudare alguno de lo que decimos, pareciéndole que hablamos sin fundamento, y que fingimos lo que queremos acerca de este señorío del universo, oiga lo que escribe el Apóstol a los Romanos (c. 8): *El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dió también con Él todas las cosas?* ¿Ves cómo aquí tienes, oh alma fiel a Jesucristo, un claro testimonio del Apóstol, y aun probanza de que entregó el Padre Eterno *todas las cosas* en tus manos? Del cual Padre, escribiendo el mismo San Pablo a Timoteo, dice (1 *Tim.*, 6) que *nos da abundantemente a gozar todas las cosas.* No calló este dominio San Jerónimo, escribiendo a Paulino, donde dice: Todo el mundo de riquezas es del que cree.» Todo esto es de Gerson.

Y lo mismo confirman, fuera de él, San Jerónimo, Clemente Alejandrino (2), San Ambrosio, San Anselmo y otros Padres Y no sin misterio se llaman en la Sagrada Escritura los justos, re-

---

(2) *Strom.*, 2; Ambr. lib. *De Abraham*; Anselm., *De dotib. Beatit.*, et *De Simil.*

yes; y así, donde dijo el Evangelista San Mateo que *muchos Profetas y justos* habían deseado ver a Cristo, San Lucas dijo que *muchos Profetas y reyes*, como notó Beda, llamando *reyes* a los que otro Evangelista llamó *justos*; y es porque los que están en gracia son reyes y más que reyes, por el principado dilatadísimo y universal que tienen de todas las cosas.

Por eso se honra Dios tanto llamándose *Rey de reyes y Señor de los señores*, esto es, de los justos, que son reyes y señores del mundo. Porque estotra grandeza de los imperios y reinos que pueden tener hombres pecadores no es cosa digna que se haga caso de ella.

Por la misma razón se llama la gracia *reino*; porque es el título con que son reyes los que la tienen. El mismo Salvador del mundo dijo que buscásemos *el reino de Dios y su justicia*, y que con ella *se nos darían todas las demás cosas*. La justicia del reino de Dios es la gracia, como dice Gerson, porque ella da derecho y justicia para el reino y monarquía de todas las cosas.

Verdaderamente, la liberalidad del Criador debía vencer por obra al pensamiento de todas las criaturas. Y si el demonio, porque le adorasen, prometió todas las cosas, convenía a aquella infinita Bondad que diese todas las cosas a quien le adora y sirve como el justo. El Apóstol San Pablo, hablando de parte de Dios a los que son de Cristo por estar en gracia, les dice absolutamente (1 *Cor.*, 13): *Todas las cosas son vuestras.* Lo cual se debe entender en el sentido que después declararemos, salvando su dominio civil, propio y particular de cada uno; no en el mal sentido de Juan Wiclef y de otros.

§ 2

La virtud natural, señora del mundo.

Pero ¿qué mucho sean todas las cosas de los que están en gracia por privilegio de Dios, y por la naturaleza divina que participan, si los filósofos dijeron lo mismo, por la naturaleza de la virtud, de todos los que vivían conforme a razón, a los cuales llamaban sabios? De éstos afirmaban, como escribe Laercio (3), que eran suyas todas las cosas; que sólo ellos eran ricos; que de todas las cosas de los demás eran señores; que tenían total potestad en ellas. Y Séneca dice (4): «Cosa es de grande ánimo, cuando dieres la vuelta con el pensamiento por el oriente y occidente, cuando vieres tantos animales y tanta multitud de cosas que produjo la naturaleza abundantísimamente, pronunciar esta voz propia de Dios: Todas las cosas son mías.» Con la luz de la razón tuvieron los estoicos tan alto sentimiento de la virtud natural, que juzgaron que hacía a los hombres virtuosos señores del universo; y así decían que eran los verdaderos reyes, como escriben Laercio (5), Plutarco y Clemente Alejandrino (6). Y hablando Tulio (7) del sabio, dice: «Con más razón se llamará rey que Tarquino», el cual fué rey de Roma. Y Filón (8) dice: «Como el gobernador en la nave, el magistrado en la ciudad, el emperador en el ejército, el alma en el cuerpo y el entendimiento en el alma, así también, en realidad de verdad, es el príncipe en el género humano el sabio.»

---

(3) In *Antistene et Zenone.*
(4) Id. ibid.
(5) Laert. in Zenon.
(6) Strom., 2.
(7) Lib. 3, *De Finib.*, 1.
(8) Lib. *De Abraham.*